



Goethe en los días de juventud, en Italia.

# A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

Año IX

Marzo de 1932

Núm. 85

---

## EL CENTENARIO DE GOETHE

**L**A grandeza del genio, la universalidad de los conocimientos, la fuerza creadora, el supremo encanto de una sensibilidad rica y de una imaginación potente, son los dones del gran poeta alemán, cuyo primer centenario de su muerte acaba de ser celebrado en todo el mundo civilizado.

En Goethe pudo cumplirse la afirmación de Schiller: «Un griego del septentrión moderno». Tenía la belleza física, la sugestión irresistible, la impasibilidad de un dios. Fortuna, voluntad de dominio, vigoroso poder de expresión que lo mismo tocaba en las más delicadas visiones del artista, como en las creaciones del pensador. Y todo este conjunto de facultades, se hallaba en él, sometido al señorío de la armonía. La atmósfera de luminosa serenidad que resplandece sobre su obra y sobre su existencia, proviene de la concepción goethiana del dominio sobre sí mismo.

Pero cuando alcanza la cumbre del equilibrio armónico, está ya en la madurez. Ha adquirido la grandeza, la serenidad de un dios. El viaje a Italia, tierra de luz cálida y esplendorosa, es quizá el primer efluvio que madura su rica sensibilidad, sacudida, no obstante, por las ásperas contradicciones que animaron su naturaleza joven y espléndida.

De un lado, ha escrito uno de sus apologistas, una vigorosa sensibilidad, ávida de goce, el apasionamiento de una naturaleza recia, aunque fácilmente excitable; de otro, la más delicada espiritualidad y el refinamiento en las sensaciones.

«Renuncia, es preciso que renuncies!» grita Fausto en el pórtico de su vigorosa juventud. Pero tiene todos los dones, tiene la vida sin amarguras, la admiración de los príncipes, el amor de las mujeres. En él la voluntad creadora está por encima de la vida, y la energía profunda que fluía de su temperamento de artista «era capaz de arrollar todo obstáculo y realizar el fin de su aspiración íntima, a despecho de cualquier desvío o resistencia ajenos».

En «Poesía y Verdad», había fijado en una confesión, la dura lucha, que sostuvo, mientras iba camino de la alta montaña: «Es lo cierto que mi naturaleza me impulsa continuamente de un extremo a otro». Así pudo trazar las oposiciones que reinan en el alma humana, los contrastes de su doble naturaleza. A lo largo de su obra, surgen, con toda la fuerza de la concepción, los tipos en que personificó el hondo disentimiento interior de los seres: Tasso y Antonio, Fausto y Mefistófeles, Weislingen y Gotz.

Un don de superioridad lo mantuvo siempre distante de las angustias que flagelan al común de los hombres. Era poderoso el dominio con que encadenaba su serenidad. Sólo hasta un límite determinado le era permitido a las pasiones, adentrarse en su naturaleza. Sólo en la medida en que pudieran servir a su creación artística.

Así exclama en «Guillermo Meister», con la evidencia de una doctrina: «Sólo me da alegría el hombre que sabe cuáles son las cosas útiles para él y para los demás, y se afana por restringir su arbitrariedad. Tiene cada cual en sus manos su propia fortuna, como el artista el material bruto que trata de convertir en esta-

*tua. Mas sucede en este arte como en todos: poseemos capacidad innata; pero hay que adoctrinarla y ejercitarla con esmero».*

*Es la voluntad potente, reguladora de su instinto. Goethe no es el siervo. Es el señor. A Schiller le anonada la impasibilidad del hombre. El está dentro de la vida, vibra con la vida; sufre, penetra en el hervor de sí mismo, en lo más acre de su ser. Goethe, en cambio, cierra la entrada de su dominio interior... y corrige, con su voluntad heroica, el pliegue que pueda revelar una derrota.*

*Llega, sin embargo, insatisfecho, a la ancianidad, Su actividad sobrehumana que le permitía renovarse cada día, se atormenta en el límite último: considera incompleta aun su obra, no ha penetrado aun toda la profundidad del drama humano y quisiera, tal vez, como Fausto, pedir un alto a la corriente inexorable, en cuyas orillas, mientras se llevaba a los labios la copa de la vida, llegó a comprender toda la infinita complejidad de que está hecha la naturaleza.*

*El primer centenario de la muerte de Goethe, sorprende a la civilización occidental en la más angustiosa de sus etapas. La serenidad no existe ya, y las grandes luchas sociales que desbordan el control económico y ahogan el orgulloso desenvolvimiento del individualismo, amontonan sobre el horizonte la carga sombría de sus nubes hinchadas con el trágico enigma del futuro...*